

los individuos que se distinguían por llevar kepis, pasaron por el puente de la Concordia y desembocaron en el muelle delante de la cámara, vieron en las gradas de la columnata exterior diputados y periodistas conocidos de ellos que les hacían señas con sus pañuelos y les animaban con gritos y gestos á romper las filas de la guardia municipal y aproximarse al edificio. Entre estos que hacían tales señas figuraban los diputados Ulbach, Chassin y otros pertenecientes á diferentes partidos. Por otra parte se aproximaron á los grupos que hacían guardia en el muelle los diputados Keratry, Glais-Bizoin, Steenackers y Julio Ferry, hablaron con los oficiales, pidieron á la guardia municipal que se retirara y excitaron á la guardia nacional á que avanzara. Entretanto estaba abierta la verja, á pesar de que debía estar siempre cerrada, y los diputados Picard, Ferry y Arago no hacían más que ir y venir para conducir siempre nuevos grupos de invasores á la tribuna de la cámara. Hacia la una y media llegó un batallón de guardia nacional con tambores y oficiales á la entrada del puente de la Concordia, donde la guardia municipal les cerró el paso. Hubo protestas y se exigió un puesto de honor inmediato al palacio para esta guardia nacional, que aquel día no estaba de servicio. Los diputados asediaron al cuartel para que despidiera á la guardia municipal, pero el cuartel no quiso dar semejante orden descabellada. Entonces el diputado Cremieux condujo á la entrada del puente al viejo general Caussade, que tenía el mando en jefe de toda la fuerza de la policía, y este general tuvo la debilidad incomprensible de dar la orden de retirada, dejando á las cámaras completamente á la merced del pueblo. En su consecuencia se retiraron con la guardia municipal los comisarios y demás personal de policía, y entonces las masas del pueblo y los guardias nacionales acudieron de todas partes á la verja, que fué abierta ó que se abrió cediendo al empuje, y penetró en el interior todo aquel revuelto torrente humano. Las tropas que estaban en el jardín de la presidencia eran reclutas que apenas conocían el uso de las armas y no se movieron. En la sala llamada de los *pasos perdidos* estaba sentado el general Caussade junto á una de las columnas de bronce, y miraba como atontado la muchedumbre, á la cual un solo hombre resuelto y enérgico había hecho retroceder con facilidad.

Una turba de individuos haraposos llegó gritando: «¡Abajo el imperio! ¡abajo el cuerpo legislativo! ¡viva la república!» y entró en la sala de sesiones cuando solo había en ella el presidente Schneider y una docena de diputados. El presidente procuró establecer orden, pero no se oyó su voz ni se hizo caso de su campanilla. Desde las tribunas saltaron directamente á la sala los jefes que habían llegado primero y se unieron con su gente, saltando todos sobre mesas y bancos, abriendo los pupitres, rompiendo los tinteros y llenando toda la sala con su vocerío en medio de un desorden indescriptible. Cremieux y Gambetta procuraron hacer salir á los invasores con buenas palabras, pero su voz fué ahogada por los gritos confusos mientras iban penetrando nuevas turbas, á pesar de no haber ya apenas en el interior. De repente se oyeron culatazos de la parte de las entradas exteriores seguidos del ruido de puertas derribadas y de vidrios rotos. Eran las dos y media, y agitada por uno de los revolucionarios se presentó una bandera tricolor con la inscripción: «Batallón 73, compañía 5.<sup>a</sup>, distrito 12.» El presidente al ver ocupados por el populacho todos los puestos de los diputados, llenos todos los pasillos de gente perdida, gritando confusamente, y no creyendo ya segura su vida en aquel puesto, declaró cerrada la sesión y salió del edificio. Apenas se hubo retirado, dos jóvenes se precipitaron hacia su puesto y se sentaron á la vez en su silla, empezando el uno á agitar convulsivamente la campanilla.

En aquel momento apareció otra vez Gambetta en la tribuna de los oradores y consiguió algunos instantes de silencio para hacer la siguiente declaración:

«Considerando que la patria está en peligro;

»Considerando que se ha dado á la asamblea nacional todo el tiempo necesario para proclamar la destitución;

»Considerando que nosotros somos y representamos el poder constitucional, producto del sufragio universal;

»Declaramos que Luis Napoleón Bonaparte y toda su familia han cesado para siempre de reinar en Francia.»

Al oír estas palabras estalló una tempestad de aplausos, interrumpida pronto por el grito: «¡La república! ¡Queremos la república!»

Entonces penetró en la sala Julio Favre y después de llegar con mucho trabajo hasta la tribuna, gritó á la muchedumbre: «¿Quereis ó no la guerra civil? ¡No! ¡No! ¡No queremos guerra civil!» Entonces es preciso formar un gobierno provisional. (¡Al Ayuntamiento! ¡Viva la república!) Aquí no debe proclamarse la república. (¡Sí! ¡Sí! ¡No! ¡No! ¡Viva la república!)

Peyrouton: «¡Aquí es donde hay que proclamar la república! La proclamamos. Ya está proclamada.»

Al grito de: «¡Al Ayuntamiento!» salieron Julio Favre y Gambetta (1); y repitiendo este mismo grito les siguieron las masas, dejando la sala vacía.

En aquellos mismos instantes quedaron también desocupadas las Tullerías. A las tres de la tarde el prefecto de policía, Pietri, atravesando el inmenso torrente humano que se dirigía al Ayuntamiento, se presentó á la emperatriz, que le había hecho llamar por su chambelán, Lezay-Marnesia. Justamente acababan de regresar los comisarios de policía que el general Caussade había despedido delante de la cámara, diciéndole uno á Pietri, rasgando su faja: «¡Traición!» Con mucho trabajo pudo pasar Pietri por entre la multitud vocinglera que se había reunido delante de la verja de las Tullerías. La emperatriz le había hecho llamar para oír su opinión sobre si debía huir, conforme le aconsejaban cuantas personas la rodeaban, ó quedarse, según hasta entonces había sido su decidido propósito. Muy lejos estaba de sospechar el peligro que la rodeaba en París y ni remotamente pensó que pudiera llegar el instante de tener que salir huyendo de la capital, dándose por dichosa con salvar su vida; porque cuantas veces habían tocado los ministros este punto, había declarado que no saldría de París, y aun por la mañana del día 4 de setiembre había creído que podría abdicar libremente antes de huir. Se había opuesto tenazmente á todas las observaciones de los ministros David y Chevreau, del príncipe de Metternich y del caballero Nigra, cuando á las cuatro de la tarde se precipitó en la estancia el prefecto de policía diciendo: «Corra V. M., señora, todavía es tiempo. Estamos vendidos. Toda resistencia es imposible. Las fuerzas con las cuales contábamos nos abandonan.»

En aquel mismo instante las masas abrieron la verja á la fuerza y penetraron en el patio al grito de: «¡Destitución! ¡viva la república!» Entonces se retiró la emperatriz. Bajó la escalera del museo egipcio y entró con la señorita Lebreton en un coche de plaza que pasó casualmente, y que la condujo á Dauville, donde un yate la recibió á bordo y después de una travesía muy penosa la desembarcó en Hastings, en Inglaterra.

A las tres de la tarde Julio Favre, Julio Ferry, Gambetta, Keratry y Spuller se dirigieron al Ayuntamiento, acompañados por una gran multitud del pueblo y seguidos de Arago, Cremieux y Picard, llegando á tiempo á la sala de San Juan

(1) *Rapport*, tomo III, págs. 29 y siguientes.

para arrebatarse el poder, que Félix Pyat, Milliere y Delescluze creían tener ya en sus manos. Para conservarlo era menester no perder ni un minuto en proclamar la república y formar un gobierno provisional, si bien para esto nadie les había dado ni el encargo ni la autorización.

La situación en la cual se hallaba en aquel momento la izquierda de la cámara ha sido pintada perfectamente, ante la comisión de información parlamentaria, por el diputado Guyot-Montpayroux (tomo II, pág. 200). Cuando éste llegó hacia las cuatro de la tarde al Ayuntamiento, vió en la primera sala varios redactores del *Réveil* y toda una caterva de individuos que figuraron después en la *Commune*, reunidos alrededor de una mesa. Al pasar Guyot-Montpayroux le puso en la mano uno de los reunidos un papel con una lista de nombres en la cual se encontraba todo el estado mayor del partido anarquista y que se recomendaban para la formación del gobierno provisional. Esto hizo que el citado diputado se preguntara á sí mismo: «¿Debemos nosotros, la gente de la cámara, formar un gobierno, ó debemos dejar que la gente reunida alrededor de esta mesa lo forme?»

De allí pasó á la sala pequeña en la cual estaban sus amigos políticos, en cuyas resoluciones tomó parte, y de ellas salió el gobierno de la defensa nacional. La primera señal de vida que dió este gobierno fué un llamamiento redactado por Picard, que decía:

«Franceses: El pueblo se ha adelantado á la vacilación de la cámara. Para salvar la patria, que peligra, ha pedido la república y ha puesto á sus diputados delante del peligro.

»La república de 1792 venció la invasión del enemigo. Se ha proclamado la república. La revolución se ha efectuado en nombre del derecho y del bien público.

»Ciudadanos, velad por la ciudad que se os ha confiado; mañana seréis, en unión del ejército, los vengadores de la patria.

»Manuel Arago, Cremieux, Dorian, Julio Favre, Julio Ferry, Guyot-Montpayroux, León Gambetta, Garnier-Pages, Magnin, Ordinaire, Tachard, Pelletan, Picard, Julio Simon.»

Estaba ya preparada esta proclama y la reunión había abierto la discusión sobre la formación del nuevo gobierno, cuando se presentó en el Ayuntamiento, acompañado de un vocerío inmenso, Rochefort, el redactor de *La Lanterne*, que acababa de salir de la cárcel. Julio Ferry llevó al gabinete donde estaban discutiendo Julio Favre y Picard á aquel escritor, cuya venenosa pluma podía llegar á ser tan peligrosa para el nuevo gobierno como lo había sido para el gobierno anterior. Allí se convino en elegir el nuevo gobierno exclusivamente entre los diputados de la ciudad de París, á los cuales pertenecía también Rochefort, y eran todos republicanos conocidísimos que desde años habían luchado contra el imperio. Esta elección eliminó á todos los demás pretendientes de cualquier otro color político. Picard y Simon fueron agregados al nuevo gobierno, aunque se habían decidido por representar departamentos, por haber sido elegidos en ellos y en París. También se convino en admitir en el nuevo gobierno al general Trochu. Al distribuir los cargos fué elegido Estéban Arago alcalde de París y se puso en seguida la faja, que á este objeto le había llevado su sobrino Manuel Arago. Cremieux tomó en seguida posesión del ministerio de Justicia y redactó en el acto el decreto de la disolución del cuerpo legislativo y otro decreto disponiendo la libertad de los presos políticos. Gambetta se dirigió en carruaje al ministerio del Interior, que estaba destinado al diputado Picard, pero del cual tomó posesión enviando á las seis de la tarde á todas las autoridades que de este ministerio dependían un telégrama que decía:

«A los señores prefectos, subprefectos, al general gober-

nador de Argelia y á todas las oficinas telegráficas de Francia:

»República francesa.

»Ministerio del Interior.

»Se ha decretado la disolución del cuerpo legislativo. Se ha proclamado en la Casa Consistorial la república. Se ha constituido un gobierno de la defensa nacional, que ha sido confirmado por la aprobación del pueblo.

»Estos son los nombres de los nuevos ministros: Arago (Manuel), Cremieux, Favre (Julio), Ferry (Julio), Gambetta, Garnier-Pages, Glais-Bizoin, Pelletan, Picard, Rochefort, Simon (Julio).

»El general Trochu queda en su puesto de gobernador de París y ha sido nombrado ministro de la Guerra en lugar del general Palikao.

»Sírvese usted hacer fijar inmediatamente en las esquinas este anuncio, y, si fuere necesario, hacerlo publicar por el pregonero.

»Por el gobierno de la defensa nacional, el ministro del Interior: *Leon Gambetta*.

»París, 4 de setiembre de 1870, á las seis de la tarde.»

Para salvar la patria se había proclamado la república, y nadie dudaba que esta proclamación garantizaba por sí sola la salvación. El acto fué celebrado por la noche del 4 de setiembre en París como una gran fiesta, recorriendo el pueblo victorioso toda la ciudad cantando y haciendo toda clase de demostraciones de júbilo; arrancando señas, anuncios é imágenes que recordaban el imperio desaparecido, dando nuevos nombres á las calles y escribiendo en todos los monumentos y paredes de edificios públicos el famoso lema: «Libertad, igualdad y fraternidad,» que todavía hoy se vé en todas partes. En los bulevares se movía durante horas de arriba abajo una multitud alegre, cuyas fisonomías resplandecían de satisfacción y vigor exuberantes. La proclamación de la república había hecho olvidar la guerra, el trabajo, el peligro y la miseria. El enemigo se había detenido en su marcha y la paz estaba asegurada; esto predicaban todos los periódicos, y esto creían todos los franceses, porque tenían entendido que el rey Guillermo había dicho que hacia la guerra solo al emperador y no á la Francia, lo cual no era exacto. No habiendo ya emperador, no había, según los franceses, mas motivo de guerra y se habían acabado todos los cuidados y temores. Era inútil, de consiguiente, continuar las obras de fortificación, y en el baluarte de Montretout, donde poco antes habían trabajado 10,000 hombres, no trabajaban ya 500. Jamás se mostró París mas satisfecho y mas tranquilo que en los primeros días de esta revolución, la mas satisfactoria y la menos sangrienta de todas (1).

El nuevo gobierno empezó, en cuanto pudo, de la misma manera que había acabado el viejo. El gobierno del partido bonapartista quedó sustituido por un gobierno del partido republicano, y cada ministro gobernó tan autocráticamente en su ramo como podía hacerlo cualquier monarca despótico. Estéban Arago destituyó en 5 de setiembre de una plumada á todos los alcaldes de París y les dió sucesores, sin dar al gobierno la menor cuenta de este acto; y de otra plumada destituyó Gambetta el 6 de setiembre á los 89 prefectos, dándoles por sucesores individuos de su propio partido; pues este joven ministro, que se había apoderado él mismo de su ministerio, estaba decidido á justificar toda arbitrariedad contra la libertad con la necesidad de la guerra y del peligro nacional.

El mismo 6 de setiembre publicó Julio Favre, como ministro de Negocios extranjeros, una circular en la cual decía: «No cederemos ni un solo terrón de nuestro país ni una sola piedra de nuestras fortalezas.»

(1) *Rapport*, tomo III, pág. 80.

El 8 de setiembre convocó el gobierno, para el 16 de octubre, las elecciones generales de una asamblea nacional constituyente, diciendo en el decreto: «Es preciso que sepa la Europa que todo el país está con nosotros. El invasor debe encontrar en su camino, no solo el obstáculo de una ciudad gigantesca que prefiere morir á rendirse, sino tambien todo un pueblo levantado, organizado, representado, y finalmente una asamblea que lleve á todas partes, y á pesar de todas las desgracias, el espíritu vivo de la patria (1).»

El nuevo gobierno improvisado no carecía, pues, de confianza en sí mismo ni de la convicción de su fuerza; pero carecía de fuerza verdadera, porque desde la hora de su origen tuvo que luchar con otro gobierno contrario que habia cobrado vida y poder mucho antes que los contemporáneos fuera de la capital pudieran sospecharlo.

El mismo día 4 de setiembre, á las diez de la noche, poco despues de haber sido instalado el nuevo gobierno de Paris, se celebró en la casa número 6 de la plaza de la Corderie-du-Temple una asamblea de la Internacional y de las sociedades obreras de Paris. El acta de esta sesion y las de las reuniones que la siguieron fueron descubiertas en la habitacion de uno de los jefes de la sublevacion del 18 de marzo (2), y por ellas sabemos que despues de una discusion animada se resolvió:

«1.º No atacar al gobierno provisional, en consideracion á la guerra y á la insuficiente preparacion de las fuerzas populares, todavia mal organizadas.

«2.º Se pide como urgente: la abolicion completa de la prefectura de policia y la institucion de una policia de la comunidad; la destitucion inmediata de todos los funcionarios de justicia; la supresion de todas las leyes contrarias al derecho de reunion y á la libertad de la prensa ó restrictivas de estos derechos; eleccion del consejo municipal de Paris; anulacion (no perdon) de todas las condenas y persecuciones por los llamados delitos ó crímenes políticos cometidos por movimientos populares bajo el imperio.»

Esta asamblea delegó una comision para dar conocimiento al nuevo gobierno de sus resoluciones; pero como la delegacion no pudo llegar aquella noche hasta el palacio del Ayuntamiento por impedírselo la muchedumbre, fué recibida solo á la mañana siguiente. Antes de separarse, la asamblea resolvió el nombramiento de un comité central, que fuese independiente de la Internacional y de las sociedades obreras y se compusiese de delegados de los diferentes distritos. A este fin fueron invitados el 5 de setiembre los veinte distritos de Paris para formar cada uno su comité de individuos de confianza del partido, acompañando una lista de estos hombres. El 6 de setiembre se verificaron las elecciones en los veinte distritos, y cada comité eligió cuatro representantes para formar el comité republicano central, que se estableció en la casa número 6 de la plaza de la Corderie-du-Temple.

El 11 de setiembre se reunió y empezó sus tareas el «comité central de los veinte distritos» y adoptó varias medidas relativas á la defensa y alimentacion de Paris y á la organizacion de la resistencia en los departamentos. Lo que se ocultaba detrás del pretexto de la defensa nacional, empezó á revelarse cuando fueron publicadas en las esquinas el día 17 de setiembre las resoluciones del día 4, y cuando en el 22 tuvo efecto en la sala del Alcázar una asamblea general que eligió un comité de veinte miembros con el encargo de excitar al gobierno, en union de un gran número de jefes de batallon de la guardia nacional, para que ejecutara las medidas adoptadas y enviara especialmente delegados á las

(1) Véase Angeberg: *Recueil*, tomo II, pág. 509.

(2) *Informacion parlamentaria*; *Rapport*, tomo III, págs. 85 y 86.

provincias para disponer la eleccion inmediata de la *Commune* de Paris.

Desde estos dias de setiembre se habian ido formando en los distritos de Paris, al lado de los alcaldes y de sus adjuntos, comités elegidos por el pueblo, que bajo el nombre de comités de vigilancia se atribuyeron el derecho de ejercer presion en las autoridades y hacer registros en las casas particulares, prender á las personas y practicar toda clase de arbitrariedades bajo el pretexto de descubrir espías de los prusianos. A la cabeza de los veinte comités de distrito, y como un verdadero gobierno enfrente del gobierno provisional del Estado, dominaba el comité central, que tenia su residencia en la ya citada plaza de la Corderie-du-Temple, y que preparó y dirigió todas las manifestaciones del 22 y 27 de setiembre y del 7, 8 y 31 de octubre; intimidó, paralizó y supeditó al gobierno de la defensa nacional, y finalmente adquirió un completo dominio de terror sobre Paris sitiado.

Al pié de los carteles del 17 de setiembre seguian los nombres de los firmantes, que eran Beslay, Briosne, Chatelain, Combault, Camelinat, Chardon, Dumay, Duval, Dereure, Frankel, Ferré, Flourens, Johannard, Jaclard, Lefrançais, Langevin, Longuet, Malon (3), Oudet, Potier, Pindy, Ravier, Régere, Rigault, Serrallier, Tridon, Thézé, Trinquet, Vaillant, Varlin y Vallez. El periódico del partido y de Blanqui, que llevaba el título: *La patria en peligro*, dijo en esta ocasion que las medidas adoptadas en las asambleas populares eran obligatorias, tanto que podia obligarse al gobierno á ejecutarlas, porque «siendo la aclamacion la expresion mas verdadera, mas libre y mas espontánea de la voluntad nacional, no debe tener el gobierno escrúpulos infundados y debe publicar irremisiblemente los decretos que el pueblo pide.»

Los jefes de este partido eran Delescluze, Blanqui, Félix Pyat, Flourens y Varlin, hallándose su ejército en las sociedades obreras y de auxilio mútuo, cuya formacion el imperio habia permitido sin sospechar el peligro que encerraban, y que solo necesitaban la ley del 12 de agosto decretando el armamento nacional para constituir un formidable ejército de la revolucion. Este ejército levantó su bandera como poder beligerante desde el 17 de setiembre, siendo conocidos su programa y sus jefes por sus firmas en los citados carteles de aquel dia; y no habiéndoles perseguido nadie, pudieron avanzar mas. Así es que á los carteles del 17 de setiembre siguieron otros en los cuales el comité central pidió en nombre del pueblo un alistamiento general, manutencion gratuita y salidas en masa, exigiendo tambien «sitio para el pueblo, sitio para la *Commune*.» El comité central publicaba semanalmente sus resoluciones y los comités de distrito sus sesiones en un boletin especial llamado *Boletin de la Municipalidad*, que fué el periódico oficial de un poder ante el cual temblaban los ministros y los alcaldes, como en otro tiempo habia temblado todo Paris ante Marat, «el amigo del pueblo», y ante la *Commune* que desde el 10 de agosto de 1792 tenia su domicilio en las Casas Consistoriales. De los comités de distrito refiere un testigo que este nuevo poder de segundo orden reinaba con despotismo por medio de sus delegados. No conocia ley y todo debia inclinarse ante su voluntad. Era el azote de los barrios. Enviaba guardias nacionales para hacer registros en las casas, sin dejar ni sótanos, ni bodegas, llevándose los comestibles y el vino que allí encontraban. Estos pretendidos delegados procedian sin que nadie les vigilara; efectuaron embargos sin respetar derechos de nadie,

(3) Malon es autor de un libro muy instructivo tocante á estos sucesos, que publicó en 1873 con el título: *La tercera derrota del proletariado francés*.

recaudaron dinero y además hicieron el papel de médicos á la cabecera de la sociedad enferma (1).

Este gobierno siniestro de Paris era, sin embargo, omnipotente, porque estaba completamente á su devocion la nueva guardia nacional.

Si malo era el armamento general, peor fué el pago general de los armados (2). En un principio los guardias nacionales pobres recibieron un sueldo diario de franco y medio; pero no se tardó en reclamar y conseguir este sueldo para todos los guardias nacionales, ricos ó pobres. A esto se agregó muy pronto un aumento de 75 céntimos por la mujer, legítima ó no, de los guardias, y 25 céntimos por cada hijo, legítimo ó no. Esto tuvo por consecuencia que casi todos los obreros abandonaron los talleres y tomaron las armas. Ya nadie queria trabajar, á pesar de haber mucho trabajo; pues se habian de hacer ropas y calzado, fundir cañones, levantar terraplenes para baluartes, hacer trincheras y fosos de defensa, moler el trigo y otros trabajos indispensables y urgentes. Para todo esto, sin embargo, faltaban obreros, porque para los solteros era mas cómodo hacer de soldado, y para los casados, cargados de numerosa familia, era mas productivo el oficio de guardia nacional. Además este oficio no ofrecia ningun peligro, porque aquella gente no llevaba las armas contra los prusianos, sino contra los burgueses de la propia comunidad.

En tiempo del imperio se habia compuesto la guardia nacional de sesenta batallones, á los cuales un decreto de Gambetta del día 6 de setiembre añadió otros sesenta nuevos; de haber sacado sus individuos sistemáticamente de la poblacion por calles y barrios, se habria podido formar con los de 35 á 50 años una buena reserva para el servicio interior de la ciudad, y de los jóvenes de 25 á 30 un buen número de regimientos de campaña que se hubieran podido enviar á los ejércitos activos para completarlos. Así, en efecto, lo quiso la ley, y así fué interpretada y aplicada esta ley en las provincias; pero no sucedió lo mismo en la capital, donde la inscripcion estaba directa ó indirectamente en manos de aquellas personas que tenian interés en constituir una clase especial y en servirse de la guardia nacional como arma formidable contra la sociedad. Se habian admitido en la guardia nacional, evidentemente con intencion, de 30,000 á 35,000 penados, y además las legiones de todas las sociedades secretas; todos, sin excepcion, instruidos y dispuestos á no pelear nunca contra los prusianos de fuera, para reservar todas sus fuerzas contra los llamados «prusianos de dentro.» «Es innegable, dice un coronel del estado mayor de la guardia nacional, que en ciertos batallones ha existido siempre una conjuracion permanente y la resolucion inquebrantable de no hacer armas contra el enemigo, sino de hacer la guerra civil.» Los jefes de este partido, Blanqui, Flourens, J. Vallés, Razoua, Varlin, Milliere y muchos otros, se hicieron elegir ó se nombraron ellos mismos oficiales.

Julio Ferry dijo en la sesion del gobierno del 16 de setiembre: «Los batallones que se están formando no tienen soldados, y los jefes de batallon se nombran á sí mismos ó se hacen nombrar por un puñado de amigos.» El coronel Baudoin-Mortemart, sub-jefe del estado mayor de la guardia nacional, atestigua que todos los comisarios de distrito que debian formar las listas de la guardia nacional, servian á un objeto político, que evidentemente nada tenia que ver con la defensa de la nacion, y obraban contra la letra y el espíritu de las disposiciones del gobierno. En lugar de admitir solo ciudadanos, inscribian en las listas gente forastera, ex-

(1) *Rapport*, tomo III, pág. 110.

(2) *Rapport*, tomo III, pág. 113.

tranjera y completamente desconocida en el país, sin exceptuar gente escapada de los presidios y de otros establecimientos penales. Con este procedimiento se aumentó el número de batallones, en 30 de setiembre, hasta 194, debiendo ser en un principio sesenta. En este tiempo se habian repartido 280,737 fusiles, cuyo número se habia aumentado en enero hasta 313,071, y finalmente hasta 340,000; y todo esto habia de servir solo al partido socialista, como lo demostraron claramente los nombres de los jefes de los batallones y de los individuos de los comités, que todos pertenecian al mismo partido.

Paris estaba dominado por un ejército de 300,000 hombres que vivian de la guerra, pero que no llevaban las armas para hacer la guerra. Eran los mismos que despues de la batalla de Waterloo, en 1815, reclamaron armas á gritos; pero á quienes Napoleon I no satisfizo, diciendo: «Mi mano no tendria bastante fuerza para tener sujeto al pueblo de Paris una vez que estuviera armado.» Esta verdad no se habia comprendido en los cincuenta y cinco años que habian pasado desde entonces, hasta que en esta ocasion se llegó á comprender.

El egoismo brutal de este partido, que en el estado de guerra disfrutaba poder y satisfacciones, comprendió que al cesar este estado habia de volver á la servidumbre y á la pobreza; y éste fué el obstáculo insuperable para hacer un armisticio, que ofreció Bismarck en Ferrieres, y tambien para convocar una asamblea nacional fuera de Paris, que despues de una larga resistencia creyó necesaria el mismo Gambetta en 16 de setiembre. Contra el armisticio y la asamblea nacional se levantó la anarquía armada como un solo hombre. Julio Ferry en 22 de setiembre dió parte al gobierno de una manifestacion en la cual «los delegados de la guardia nacional, en union con los representantes de las sociedades republicanas, habian pedido despóticamente hacer la guerra hasta el último extremo y abandonar toda idea de elecciones para una asamblea nacional.» Semejante manifestacion era ley para el gobierno, que solo existia merced al gobierno contrario; y así en 23 de setiembre el gobierno provisional decidió unánimemente el aplazamiento de las elecciones, á pesar de haberlas decretado el 16 de setiembre para el 2 de octubre; «pues si en provincias, dijo despues Julio Favre, se hubiese reunido una asamblea le hubiera declarado la guerra la poblacion de Paris (3).»

Blanqui dijo en su periódico el 28 de setiembre: «Si se hacen elecciones, es seguro el triunfo de los reaccionarios; las asambleas de diputados son una moda gastada, condenada y mala, no solo en tiempos de crisis y de guerra sino en todos los tiempos.»

## CAPITULO II

THIERS, JULIO FAVRE, BISMARCK Y LAS CONDICIONES DE PAZ DE ALEMANIA

Es un defecto de los políticos liberales el no distinguir en lo que se llama pueblo, á los poseedores de los que nada poseen. Los mismos derechos políticos tienen un aspecto radicalmente diferente, segun son ejercidos por hartos ó por hambrientos y segun se destinan á la conquista ó á la conservacion del poder supremo. Esto no lo podian saber los patriotas cuando en el año 1789 elevaron á ley los derechos del hombre y del ciudadano, derechos de los cuales el cuarto estado habia de hacer un uso horrible; pero podian haberlo sabido muy bien los once diputados del departamento del

(3) *Rapport*, tomo III, págs. 147-151.